

La medicina occidental y la palabra poética

Western medicine and the poetic word

JORDI CASABONA I BARBARÀ

Fundació Sida i Societat. Barcelona, España.

Orcid: 0000-0003-4816-5536

© El autor. Artículo de acceso abierto,
distribuido bajo los términos de la Licencia
Creative Commons Atribución 4.0 Internacional.



DOI: <https://doi.org/10.20453/ah.v67i1.5563>

Se ha escrito mucho sobre medicina y poesía, y es posible enfocar el tema desde múltiples perspectivas; simplificando, se puede estudiar cómo la poesía ha descrito a la medicina o bien cómo la medicina ha usado la palabra, concretamente la palabra poética, en su *ars medica*.

Recordemos, ante todo, que la semántica afirma que una palabra es una unidad mínima con sentido independiente, un signo formado por significante y significado, una unidad léxica que se almacena en el cerebro y permite la comunicación, ya que las palabras vehiculan conceptos. Complementariamente, el lenguaje es la facultad de comunicar los propios pensamientos o sentimientos a un receptor o interlocutor mediante un sistema o código determinado de signos interpretables para él. La palabra, pues, tiene el poder de convertir un objeto en un concepto transmisible; y así la famosa frase «el lenguaje es la casa del ser», de Martin Heidegger (2001, p. 259), sintetiza maravillosamente la aceptación, por parte de la mayoría de filósofos y lingüistas, de que sin palabra no existiría el pensamiento. La interrogante de por qué solo los humanos han desarrollado la capacidad de adquirir el lenguaje es motivo de complejos debates científicos por parte de expertos, quienes, en cualquier caso, están de acuerdo en que son precisamente el lenguaje y el pensamiento —tanto en sus componentes individuales como sociales— los aspectos que diferencian al ser humano del resto de animales.

Debates científicos aparte, hay dos poemas que, a mi entender, expresan perfectamente estas ideas:

Admitir que de repente un grito
hizo que nos diéramos cuenta de la voz,
que un gemido formó la primera palabra,
que aprender a combinar chillidos y gruñidos
nos expulsó de entre el instinto.

Porque, ¿cuál fue nuestra culpa
—nuestra culpa inmaculada—
si no la eclosión impensada de la mente?
(*Camps, 2009, p. 31; traducción del catalán propia*).

La sangre de mi espíritu es mi lengua
y mi patria es allí donde resuene
soberano su verbo, que no amengua
su voz por mucho que ambos mundos llene.

(*Unamuno, 1911, p. 144*)

¿Cómo es que un par de cortos poemas nos pueden transmitir con tanta fuerza conceptos que, para explicarse científicamente, necesitarían escribirse páginas y páginas?

La academia nos dice que la poesía es un tipo de lenguaje que se basa en una estructura semántica

(sintaxis y significado), pero también en la melodía y la métrica (tonalidad y ritmo). Esa unión primitiva entre ritmo y significado es precisamente la que da a la poesía la capacidad de integrar con fuerza, concepto y emoción para conocer, explicar y transmitir.

Martin Heidegger, hablando de la poesía de Hölderlin (1988), nos dice:

La esencia de la poesía debe ser concebida por la esencia del lenguaje. Pero [...] se puso en claro que la poesía, el nombrar que instaura el ser y la esencia de las cosas, no es un decir caprichoso, sino aquel por el que se hace público todo cuanto después hablamos y tratamos en el lenguaje cotidiano. (p. 140)

Y, en definitiva, «la poesía es la instauración del ser por la palabra» (Heidegger, 1988, p. 137).

Así las cosas, y asumiendo una visión holística del ser humano, ¿cómo podría la *ars medica* ignorar la palabra y, en concreto, la palabra poética?

Todas las tradiciones culturales, frente a las enfermedades y a través de los correspondientes chamanes, han usado la palabra mediante la invocación, el canto o los ensalmos para intentar conseguir la ayuda divina o contrarrestar los efectos de los malos espíritus, a quienes se les asociaba con las enfermedades y la muerte. Ya en la Grecia arcaica existían distintos tipos de palabras sanadoras que Laín Entralgo (1958) clasifica en palabra mágica o encanto o hechizo (*êpode*), palabra suplicante o plegaria (*eukhê*) y palabra de soporte o sugestiva (*terpnos logos*). Tanto la *Iliada* como la *Odisea* están llenas de ejemplos de estas palabras:

Los hijos queridos de Autólico le asistieron enseguida, muy hábilmente ataron la herida de Ulises el noble, que es como un dios, y con un hechizo detuvieron la negra sangre, y después se volvieron deprisa a la casa del padre. (Homer, 2012, c. XIX, vv. 455-458, p. 354; traducción del catalán propia)

Durante todo el día, los hijos de los aqueos alabaron al dios con cantadas, entonando un bello *peân* y glorificando al arquero Apolo, mientras él, en su corazón, se alegraba de

oírles. (Homer, 1996, c. I, vv. 472-474, p. 59; traducción del catalán propia)

Patroclo, mientras los aqueos y los troyanos luchaban en el muro lejos de las rápidas naves, estaba sentado en la tienda de Eurípil y le distraía con sus palabras y le esparcía encima de la dolorosa llaga hierbas medicinales para calmar los negros sufrimientos. (Homer, 1996, c. XV, vv. 390-394, p. 340; traducción del catalán propia)

En la Grecia clásica, la medicina aún se basaba en médicos filósofos (*heros iatros, iatromandis*), quienes usaban la palabra como herramienta de intermediación con la divinidad (Asclepio), mediante cánticos, hechizos y ensalmos de textos arcaicos, así como la propia interpretación de los sueños (*incubatio*). Pero en el siglo IV a. C., en la isla Cros, se fue consolidando una escuela representada por Hipócrates (460-370 a. C.) que consideraba las enfermedades como un desorden interno de los órganos, consecuencia de la acción natural. La medicina deja de ser solamente un acto mágico y espiritual y su ejercicio se convierte en oficio (*ars, techhmes*), es decir, un saber qué se hace y por qué (*logos iatrikos*) aplicado al arte de curar. Sin embargo, a pesar de que el *Corpus hipocraticum* no desarrolló el poder curativo de la palabra sugestiva, nunca abandonó su valor y uso:

Si el médico no comprende a los profanos y no pone a sus oyentes en disposición de espíritu, no llegará a conocer lo que las cosas son. (Hipócrates, 1996, L I, 572-574)

La vida anímica altera el cuerpo de forma selectiva. Las palabras también podrán hacerlo, pues las cosas que se escuchan son animadoras o depresivas. (Hipócrates, 1996, Epidemias. VI 8,7; L V, 346)

Es decir, desde las sociedades primitivas prehoméricas hasta el final de la época helénica, la medicina evolucionó de la sanación mágica a la curación empírica; y, aunque la palabra sanadora se siguió usando, no era ya una palabra mágica, sino una palabra eficaz, ya sea por el efecto que su propio significado crea sobre el alma y el cuerpo o porque es simplemente adecuada y bella (palabra sugestiva o persuasiva).

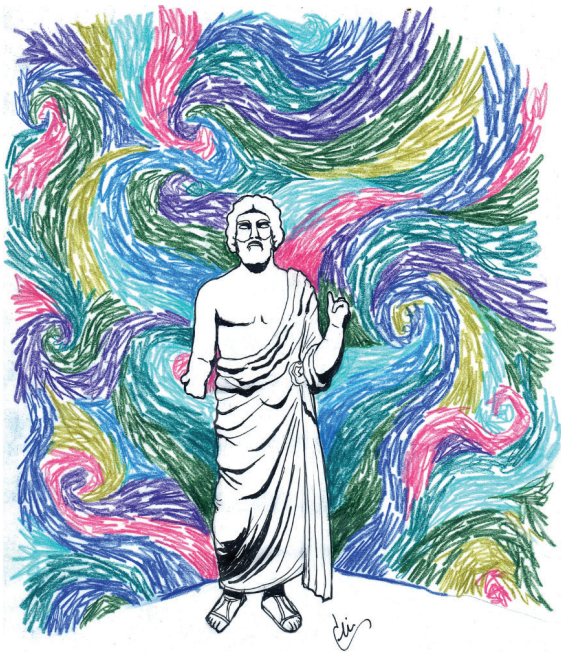


Figura 1. Esculapio, de Elisenda Casabona

Así, Platón (427-347 a. C.), que consolidó la relación cuerpo-alma que alimentará las grandes religiones monoteístas hasta nuestros días, también puso en valor el poder sanador de la palabra: «Las enfermedades del cuerpo no pueden ser curadas si antes no se curan las del alma [...] y estas se curan con ensalmos» (Platón, 2017, pp. 33-34).

No obstante, si bien el Imperio romano dio continuidad a la medicina griega, especialmente en la figura de Galeno, esta empezó a separarse del hecho filosófico en sí y de la propia relación entre cuerpo y alma, aproximación que solo se mantuvo en la parte oriental del Imperio. De hecho, en la Edad Media, la medicina y la filosofía griega fueron perfectamente integradas en el mundo musulmán, que, aunque intentaba compatibilizar la incipiente ciencia médica con la teología islámica, considerando a los médicos como «guardianes de los cuerpos y las almas», claramente separaba la ciencia de la religión, pero manteniendo la importancia de la salud holística. Mientras la salud del cuerpo y del alma están relacionadas, la palabra sugestiva existe y, de hecho, la medicina árabe fue la primera en crear hospitales psiquiátricos, donde se apoyaba a los enfermos mentales. La famosa máxima «La imaginación es la mitad de la enfermedad; la tranquilidad es la mitad del remedio; y la paciencia es el primer paso de la cura», atribuida a Avicena (980-1037), es un buen ejemplo de ello.

Por el contrario, el cristianismo persiguió a la ciencia e interpretó la salud y la enfermedad exclusivamente desde el aspecto religioso, entendiéndola a esta como un castigo divino o una influencia diabólica, por lo que la única palabra sanadora utilizada fue la plegaria:

Vos me torturabais con un dolor de muelas que llegó a impedirme poder hablar. Se me acudió pedir a todos mis amigos que suplicaran a Vos por mí, para curarme. [...] apenas habían doblado las rodillas para la devota súplica, cuando mis dolores desaparecieron. (Sant Agustí, 1929, libro 9, cap. IV, pp. 20-21; traducción del catalán propia)

Dios te salve, Roque santísimo, de noble generación, sellado con la Santa Cruz, en tu cuerpo precioso. A los apestados y enfermos, siendo peregrino devoto, curarás por virtud santa solo al tocarlos. Dios te salve, Roque angélico, que con tus súplicas eres contra la pestilencia abogado muy poderoso. Ruega por nosotros, glorioso San Roque, por que seamos libres de la peste y de todo mal contagioso. (*Oració de San Roch*, 2016; traducción del catalán propia)

En Occidente, la religión relegó la medicina empírica a barberos y curanderos o brujas, quienes clandestinamente utilizaban las pócimas y la palabra sanadora en forma de hechizos y ensalmos, y que algunos, por recitarlos, acabaron en la hoguera.

La medicina empírica tendrá que convivir en este contexto, pero lentamente se desarrollaron ámbitos de conocimiento, como la anatomía, la farmacología y la técnica, recuperados de la civilización greco-musulmana. Y, a medida que cuerpo y alma se van separando y que, sobre todo, avanza la tecnología, especialmente con la invención del microscopio, por un lado, la unidad de la persona pierde relevancia y la medicina se convierte en organicista; y, por otro, el aparato aparece como un nuevo intermediario entre médico y paciente, desplazando aún más el uso de la palabra sanadora. Se inicia así la medicina científica, tal y como la entendemos hoy.

Tratado de anatomía

Cuerpo, árbol triste, piedra
desmantelada,
¿en qué interino
rincón de la memoria has ido almacenando
tus anhelos, tus lastres, tus malditas
condescendencias con la soledad?
(Caballero Bonald, 2005)

Biopsia

Espero el resultado
y surge la palabra aceptación.
En ella hay algo lento
que se mueve con fuerza
como savia que alcanza brotes altos.
[...]
Espero el resultado de la prueba
y pienso en la palabra aceptación
Como un punto de apoyo
o de partida
sin miedo al otro lado de mí mismo.
(Romero, 2008)

El proceso de secularización de la enfermedad y de tecnificación de la medicina será imparable. Aparece la radiología y las tecnologías modernas de diagnóstico por la imagen. El arsenal farmacológico se multiplica. La biología molecular y todas sus aplicaciones diagnósticas y terapéuticas (incluida la manipulación genética), las neurociencias, la informática, la microcirugía, la bioingeniería, la inteligencia artificial, etc., todo ello hace aumentar aún más las brechas entre persona, paciente y enfermedad, de tal forma que la medicina occidental del siglo XXI se basa casi

exclusivamente en parámetros biológicos, imágenes e información digitalizada. Algunos quieren mejorar la creación o forzar la evolución inventándose el transhumanismo; y, paradigmáticamente, la «medicina personalizada» se define como aquella que toma sus decisiones basadas en perfiles moleculares y genéticos individuales. ¿Para qué la palabra si no hay paciente? «Lo peor de los médicos es que le miran a uno como si uno no fuera uno mismo» (Gómez de la Serna, 1991, p. 179).

En la historia de la medicina contemporánea, hay, quizás, dos grandes excepciones en las que la persona y, por ende, la palabra sanadora, aún eran claves: la medicina social, a veces llamada humanista, de principios de siglo XX y el psicoanálisis. Por un lado, la medicina humanista «postula que, al lado de la adquisición de conocimientos y habilidades técnicas, el estudiante de Medicina necesita adquirir conceptos y educar su sensibilidad para aprender a percibir la humanidad de los enfermos; su lado subjetivo y su lado social» (de la Fuente, 2015, pp. 13-14).

Por otro, el psicoanálisis, en sus distintas vertientes, utiliza precisamente el poder evocativo y sugestivo de la palabra para conectar con la subjetividad del paciente y, eventualmente, influirlo positivamente; recupera la interpretación de los sueños de los griegos arcaicos y la palabra sugestiva de los hipocráticos:

Una oportuna explicación o una palabra de consuelo, por ejemplo, pueden tener un efecto similar al terapéutico, que en última instancia llega incluso a influir en las funciones glandulares [...]. Si las palabras son eficaces, lo son únicamente porque transmiten un sentido o un significado [...]. [El médico] se verá obligado a comunicar la ficción curativa, el significado espiritual, ya que tal es en definitiva lo que reclama el enfermo. (Jung, 2016, p. 116)

El lamento

Me llaman y voy.
El camino está escarchado
después de medianoche, una pizca

de nieve queda atrapada
 en las rígidas roderas.
 La puerta se abre.
 Sonrío, entro y
 me sacudo el frío.
 Hay una mujer corpulenta
 tumbada en la cama.
 Está enferma,
 quizás ha vomitado,
 quizás está esforzándose
 por parir un décimo hijo. ¡Alegría! ¡Alegría!
 La noche es un cuarto
 oscurecido por los amantes,
 ¡a través de las persianas el sol
 ha enviado una aguja de oro!
 Le aparto el cabello de sus ojos
 y contemplo su sufrimiento
 con compasión.

(Williams, 2009, p. 83)

Usar la palabra sanadora en la actual medicina burocratizada y tecnificada, sometida además a los múltiples intereses económicos de la industria y en el contexto de una sociedad radicalmente inmediateista y consumista, víctima de sus propios algoritmos, es más difícil que nunca.

Pero ¿es posible encontrar, ante cada problemática que se plantea, cuáles son «las palabras justas que hay que decir»? [...] Su ocurrencia descansa en la coincidencia, estadísticamente improbable, entre el acto de generosidad gratuita de una persona, en forma de palabras, acento o actitud, y la vivencia de su necesidad en otra. (Bayés, 2016, pp. 150-151)

Escuchar no es fácil, ni forma parte de los programas docentes de las facultades de Medicina, pero es

un deber que requiere de la ética de la escucha. No sorprende que la literatura nos ofrezca ayuda a través de la llamada «medicina narrativa», la cual se propone como un modelo para una práctica médica humana y efectiva:

Adoptar métodos como la lectura de libros y la práctica de la escritura reflexiva permite a la medicina examinar e iluminar cuatro de las situaciones centrales de la medicina narrativa: la relación médico-paciente, la relación del médico consigo mismo, la relación médico-médico y colegas del servicio de salud, y la relación médico-sociedad. (Charon, 2001, citado en Ricci, 2018, p. 115)

En definitiva, introducir el uso de contar, escuchar y escribir historias —ya sea con sus propias historias o en textos literarios— sobre el paciente, la enfermedad o del propio profesional sanitario, en la relación médico-paciente, promueve un mejor conocimiento sobre la condición humana y, por tanto, una mayor empatía entre médico y paciente, una mayor atención del significado y la ambigüedad de las palabras y, por lo mismo, una mejor comunicación; asimismo, incrementa la información sobre la enfermedad y, por tanto, mejora el acto médico; y ayuda a recuperar los fundamentos filosóficos y los valores éticos de la medicina humanista.

Finalmente, y para acabar con la palabra poética, durante las últimas décadas, la neurobiología ha demostrado que la poesía (al igual que la música) estimula al cerebro de una forma especial e independiente de la consciencia, estimulando y conectando áreas distintas y poco habituales, que incluyen las zonas de recompensa, emoción, introspección y memoria (Liu et al., 2015). De hecho, hay suficiente evidencia científica sobre la mayor efectividad de la poesía, en relación con otras aproximaciones cognitivas, para activar los recuerdos y mejorar la sintomatología de algunas demencias, en especial de la enfermedad de Alzheimer, como para que en muchas instituciones sajonas ya se haya incorporado la lectura de poesía al tratamiento sistemático de estos pacientes (Glazner y Kaplan, 2018).

¿Será la medicina del futuro capaz de integrar de nuevo el alma a los pacientes y con ella a la palabra curativa? o...

El Ser Humano del futuro
andarà sin cuerpo
volará sin alas
y cantará sin palabras.
(*Golondrina Alfa*, 2010)

¡Más poesía, por favor!

REFERENCIAS

- Bayés, R. (2016). Encontrar las palabras oportunas en el momento preciso. *Ágora de Enfermería*, 20(4), 149-151. <https://www.agoradenfermeria.eu/magazine/48?page=5>
- Caballero Bonald, J. M. (2005). *Manual de infractores*. Seix Barral.
- Camps, C. (2009). *En nom de la paraula*. Eumo Editorial Sau.
- Charon, R. (2001). Narrative medicine. A model for empathy, reflection, profession, and trust. *JAMA*, 286(15), 1897-1902. <https://doi.org/10.1001/jama.286.15.1897>
- De la Fuente, R. (2015). *Psicología médica*. Fondo de Cultura Económica.
- Glazner, G. y Kaplan, D. B. (2018). The Alzheimer's Poetry Project. *JAMA*, 320(22), 2294-2295. <https://doi.org/10.1001/jama.2018.16340>
- Golondrina Alfa (2010, septiembre). *Homo-spiritualis*. <https://golondrinaalfa.blogspot.com/2010/07/homo-spiritualis.html>
- Gómez de la Serna, R. (1991). *Greguerías, selección 1910-1960*. Espasa Calpe.
- Heidegger, M. (1988). *Arte y poesía*. Fondo de Cultura Económica.
- Heidegger, M. (2001). Carta sobre el humanismo. En *Hitos* (pp. 259-297). Alianza Editorial.
- Hipócrates (1996). *Corpus hippocraticum*. MRA.
- Homer (1996). *La Iliada*. Edicions la Magrana.
- Homer (2012). *Odissea*. Editorial Proa.
- Jung, C. G. (2016). *Escritos sobre espiritualidad y trascendencia*. Trotta.
- Lain Entralgo, P. (1958). *La curación por la palabra en la antigüedad clásica*. Revista de Occidente.
- Liu, S., Erkkinen, M. G., Healey, M. L., Xu, Y., Swett, K. E., Chow, H. M. y Braun, A. R. (2015). Brain activity and connectivity during poetry composition: toward a multidimensional model of the creative process. *Human Brain Mapping*, 36(9), 3351-3372. <https://doi.org/10.1002/hbm.22849>
- Oració de San Roch, que se venera en la Iglesia Catedral Basílica de Barcelona* (2016, 26 de noviembre [1884]). Goigs i devocions populars. <https://algunsgoigs.blogspot.com/2016/11/oracio-sant-roc-catedral-i-placa-nova.html>
- Platón (2017). *Cármides*. Editorial Universitaria.
- Romero, J. M. (2008). *Hasta mañana*. Pre-Textos.
- Ricci, R. T. (2018). La escritura reflexiva como agente de cambio en medicina. *Revista Médica Narrativa*, 7(2), 115-132.
- Sant Agustí (1929). *Confessions* (Vol. III). Editorial Barcino.
- Unamuno, M. (1911) *Rosario de sonetos líricos*. Imprenta Española.
- Williams, C. W. (2009). *Antología bilingüe*. Alianza Editorial.